LIBROdot.com

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

Obras en verso y en prosa

SÓLO PARA MI LUGAR (*)

El Guijo tiene otro hijo
desde este grato momento:
¡yo soy el hijo que al Guijo
le da vuestro Ayuntamiento!
Pueblo que obsequia a un poeta
es pueblo con intuiciones,
con instinto que interpreta
del Arte las creaciones;
pueblo que sabe pensar,
pueblo que sabe sentir,
pueblo que se sabe honrar,
pueblo que aspira a vivir;
pueblo discreto que advierte
que sin cultura es suicida,
porque la ignorancia es muerte,
porque la cultura es vida.
Pueblo que ama la belleza
es pueblo con ideales,
con instintos de nobleza,
con jugos sentimentales;
pueblo con orientaciones,
pueblo con ricos alientos,
pueblo donde hay corazones
y donde hay entendimientos;
pueblo que el alma conquista
de quien la suya interpreta;
pueblo que es también artista,
¡pueblo que es también poeta!
Ese es el Guijo, señores;
pueblo que, el pan conquistando,
va entre ríos de sudores
trabajando, trabajando;
pueblo que brega y se afana
con esfuerzos singulares
para que el pan de mañana
no falte de sus hogares;
y holgando alegre este día
después de la brega dura,
celebra con alegría
una fiesta que es cultura;
fiesta que me ha dedicado
un celoso Ayuntamiento
para quien tengo guardado
profundo agradecimiento.
Una fiesta que es más bella
porque en ella no hay pasiones,

ni hay ruines miras en ella,
ni luchas, ni divisiones.
Veros hoy aquí reunidos
me causa el mayor placer.
¡Siempre en paz y siempre unidos
os quisiera a todos ver!
¡Odiad esas luchas ruines
y esos empeños mezquinos
que llevan a malos fines
por detestables caminos!
¡Odiad esas divisiones
que a los pueblos desbaratan,
porque encienden las pasiones
y toda obra-buena matan!
Seguid mi honrado consejo,
porque pueblos divididos
dice un adagio muy viejo
que serán pueblos perdidos.
La guerra abate y quebranta,
la paz eleva e ilumina.
¡Todo la paz lo levanta!
¡Todo la guerra lo arruina!
Odiad a todo enemigo
de la paz y de la unión,
porque la guerra es castigo,
principio de perdición.
Lejos del Guijo, muy lejos,
un mal enemigo habita
que da perversos consejos
cuando los pueblos visita.
Nunca semilla bendita
viene su mano sembrando:
torpe cizaña maldita
suele venir derramando.
¿Extrañaréis si no digo
por vuestro bien e interés
el nombre de ese enemigo?
¡Pues la Política es!
La Política de ahora,
que al bien ajeno no aspira;
la Política traidora,
que es una inmensa mentira.
Viene promesas haciendo
que. nunca piensa cumplir;
favores viene pidiendo,
mentiras viene a decir.
Y cuando triunfa y se aleja
para hundirse en la ciudad,
la guerra-en los pueblos deja
y ella se lleva la paz.
Que venga, sí, cuando quiera,
servidla como queráis;
pero por una embustera
jamás vuestra unión rompáis,
porque pueblos bien unidos

son pueblos bien gobernados,
pueblos al bien dirigidos,
pueblos bien administrados;
y está en la paz la riqueza,
y está, la fuerza en la unión,
y en la guerra la pobreza,
la ruina y la perdición.

Siempre hacia el Guijo he sentido
amor de alma agradecida:
mis hijos aquí han nacido
y aquí vivo yo mi vida.
Y no habéis imaginado
lo mucho que os agradezco
que todos me habéis tratado
tal vez mejor que merezco.
Yo he procurado también
vivir con todos leal,
siempre aconsejando el bien,
siempre detestando el mal;
y si en mi mano estuviera,
sabed que yo no dejara
discordia que no rompiera,
ni rencor que no acabara.
Por eso orgulloso creo
que digo verdad si digo
que entre vosotros no veo
nadie que sea mi enemigo.
Siempre el Guijo me ha inspirado
sincera y gran simpatía;
pero sabed que ha aumentado
notablemente este día.
El Guijo tiene otro hijo
desde este grato momento.
¡Yo soy el hijo que al Guijo
le da vuestro Ayuntamiento!
¿Me recibís desde hoy
por vuestro adoptivo hermano?
Pues bien, ya sabéis que soy
desde ahora vuestro paisano.
¡Gracias al Ayuntamiento!
¡Gracias al pueblo del Guijo!
No hay en mí merecimiento
para adoptarme por hijo;
mas esta Corporación
lo manda así, y obedezco;
acepto la distinción,
mas sé que no la merezco.
Yo no soy más que un poeta
que vuestros hondos sentires
enamorado interpreta
con vuestros propios decires.
Yo no hago más que cantares
que pintan vuestros amores,

la paz de vuestros hogares,
la hiel de vuestros dolores.
Canto ése cielo divino
donde con Dios viviremos
si de la vida el camino
con honradez recorremos.
Canto esos campos en calma,
donde el Señor ha vertido
soledades para el alma,
deleites para el sentido;
campos de donde han tomado
dulzuras mis canturías;
campos que han dulcificado
mis tristes melancolías;
campos que han sido testigos
de mis dolores-secretos;
campos qué son mis amigos
más leales y discretos;
campos de donde esperamos
el pan que nos alimente;
campos que todos regamos
0con sudor de nuestra frente;
campos donde, agradecido,
debe todo hombre exclamar:
¡Bendito el Dios que ha podido
tantas grandezas crear!
Eso entre vosotros vi,
y eso en mis versos canté.
¡Que sepan lejos de aquí
lo que en el Guijo encontré!
Seguid vosotros marchando
del bien por las anchas huellas,
que yo seguiré cantando
vuestras virtudes más bellas.
Yo haré que lejos, muy lejos,
todos seáis admirados;
pero seguid mis consejos,
qué son consejos honrados.
Vosotros, graves varones
qué jefes sois de un hogar,
mirad que vuestras acciones
los hijos han de imitar.
Mirad que el jefe que mande,
entero al cargo se ofrece,
y tiene un deber más grande
que el súbdito que obedece.
Y rey que ha de gobernar,
si respetado ha de ser,
debe a los suyos guiar
por la senda del deber.
Se debe al hijo querido
algo que al alma alimenta,
algo que es más que el vestido
y el pan que el cuerpo sustenta,
Hijo sin Dios educado

no es hijo respetuoso,
ni puede ser hombre honrado,
padre amante y buen esposo.
Hijo que no ha recibido
cultura de racional,
es un salvaje vestido
con traje de hombre social.
Primero es niño insolente,
groseramente procaz,
dañino y desobediente,
desvergonzado y audaz.
Más tarde será un mozuelo
de esos sin Dios y sin padre,
de esos que escupen al cielo
y escupirán a su madre.
Y luego un mozo perdido,
provocativo y vicioso,
con un corazón podrido
y un cerebro tenebroso.
Los hijos que ahora criáis
no son esos, a fe mía;
pero, si no vigiláis,
ya lo serán algún día.

Vosotras, fieles y honradas
esposas de alma ejemplar,
las que vivís consagradas
al gobierno del hogar;
las que al esposo adoráis;
las que mitigáis sus penas;
las que a llevar le ayudáis
la carga de sus faenas;
las que en sus horas sombrías
sois su consuelo mejor;
las que de sus alegrías
sois la alegría mayor;
las que, si enfermo le veis,
junto a su lecho veláis,
y el sueño por él perdéis,
y al cielo por él rogáis,
y al ver su salud perdida
sois, con afán generoso,
capaces de dar la vida
por la salud del esposo...
vosotras, que compañeras
sois suyas tan diligentes,
sed también sus consejeras
benévolas y prudentes.
Dadle con vuestros amores
luz que le sirva de guía
y perdonad sus errores
si alguna vez se extravía.
Dejad que .gobierne y mande,
porque él es rey del hogar
y fuera un pecado grande

derecho tal usurpar.
Dadle consejos de amiga
con amoroso decir,
pues lo que amor no consiga
¿quién lo podrá conseguir?
La paz en casa sembrad
y reine en ella ese nombre,
porque una casa sin paz
es el infierno-del hombre.
Brindadle paz al esposo;
sed su perenne consuelo,
y ese infierno tenebroso
convertiréis en un cielo.

Vosotras, madres del Guijo,
fuente-de obscuras hazañas,
las que tuvisteis un hijo
dentro de vuestras entrañas;
las que supisteis cuidarlo
entre desvelos y penas;
las que supisteis criarlo
con sangre de vuestras venas;
las que debéis siempre ser
el ángel de vuestro hogar;
las que enseñáis a creer;
las que enseñáis a rezar;
las que vivís suspirando
con afanes infinitos,
noche y día trajinando
por el pan de los hijitos
y con semblante risueño
su mitad les entregáis,
y si el pedazo es pequeño
también el vuestro le dais;
vosotras, madres amantes,
fuentes de amores benditos,
¡vivid siempre vigilantes
por el bien de los hijitos!
Quien tanto los sabe amar,
¿ha de tener corazón
para dejarlos marchar
por sendas de perdición?
Prendas que son tan queridas
y cuestan mil sacrificios,
¿quién querrá verlas hundidas
en el fangal de los vicios?
¿De qué servirá criarlos
con cariño maternal,
si logra el vicio arrojarlos
a los abismos del mal?
¡Ay de la madre que olvida
lo que Dios le ha confiado!
|Ay de la que trae a la vida
un blasfemo o un malvado!
Porque si esa madre ha sido

culpable de tanto mal,
de Dios le caerá en su oído
esta sentencia fatal:
"¡No fuiste mujer bendita
que al mundo dio un hijo bueno,
fuiste víbora maldita
que al mundo distes veneno!"
Madres amantes del Guijo,
madres celosas y buenas,
las que dierais por un hijo
la sangre de-vuestras venas;
las que lucháis por criarlos
como azucenas lozanas,
¡no os olvidéis de educarlos
con enseñanzas cristianas!
En nombre del Poderoso
que quiso él mundo crear
y de un soplo portentoso
pudiera el mundo arrasar;
en nombre del Dios clemente,
del Padre de los mortales,
cuya mano providente
derrama el bien a raudales;
en nombre del que amoroso
salud y pan nos envía
y desde ese Cielo hermoso
nos manda la luz del día;
en nombre del que las plantas
hace en los campos crecer
y en ellos bellezas tantas
pródigo sabe verter;
en nombre del Dios eterno,
del que del Cielo es la llave,
del que arroja en el Infierno
lo que en el Cielo no cabe...
yo os pido, madres cristianas,
que no entreguéis los hijitos
a libertades insanas,
fuentes de vicios malditos;
yo os pido, madres amantes,
que a los hijos protejáis,
que siempre estéis vigilantes,
porque si en ellos fiáis,
en los abismos abiertos
del mal los veréis caídos,
y es menor mal verlos muertos
que conocerlos perdidos.
No me digáis que ninguna
verlos perdidos quisiera,
pues sé que no hay madre alguna
que tenga entrañas de fiera;
pero alguna puede haber
que no se pare a pensar
que hay un modo de querer
que es un modo de matar.

Cariños mal entendidos
y locamente otorgados
hacen más hombres perdidos
que hombres juiciosos y honrados.
No quiere bien quien halaga
pasiones que en otro viere:
¡el que mayor bien nos haga,
aquel es quien más nos quiere!
Y siendo un bien singular
la educación que nos den,
querer bien es educar,
porque es hacernos gran bien.
Sólido bien verdadero
que al hijo que lo comprenda
le valdrá más que el dinero,
le valdrá más que la hacienda.
Honradas madres del Guijo:
si amáis al pueblo también,
no le deis un solo hijo
que no sea hombre de bien.
Vivid, vivid educando;
vivid, vivid reprendiendo;
noche y día vigilando,
noche y día corrigiendo.
Poned el alma en la empresa
de dar buena educación,
que precisamente es esa
vuestra principal misión.
¿Reglas queréis y lecciones
para ese fin conseguir?
Pues sólo en cuatro renglones
se pueden todas reunir:
El hijo en casa ha de ver
ejemplos de bien obrar,
ejemplos de bien hacer
y ejemplos de bien hablar.
Y basta, cristianas madres,
porque bien debéis saber
que lo que fueron los padres
los hijos luego han de ser.
Y si bien los educáis,
mañana os respetarán,
y si pan necesitáis,
pan y cariño os darán.

Doncellitas guijarreñas:
dijo verdad el que dijo
que sois sanas y risueñas
como los campos del Guijo.
Sus rosas os dan colores,
aroma os dan sus violetas,
sus mozos os dan amores
y os dan versos sus poetas.
Sois la luz y la alegría
de vuestros limpios hogares;

la gala y la poesía
de las fiestas populares;
sois la mayor hermosura
que nuestros ojos recrea;
sois la gentil donosura
que nuestro pueblo hermosea.
Gloria de vuestros paisanos,
orgullo de vuestros padres,
honor de vuestros hermanos,
cariño de vuestras madres.
Del rudo trabajo amigas,
a él os entregáis sin quejas,
hacendosas como hormigas,
laboriosas como abejas.
Sois las palomas torcaces
que en los montes guijarreños
arrullan nuestros solaces
con arrullos halagüeños.
Sois juventud y alegría,
sois vida fresca y lozana,
sois amor, sois bizarría,
¡sois la mujer del mañana!
Tenéis toda la belleza,
todo el gracioso buen ver
que puede Naturaleza
dar a un cuerpo de mujer;
mas esa gran hermosura
no es vuestra prenda mejor:
hay otra más alta y pura,
hay otra de más valor.
¿Conocéis esa lozana
flor de exquisita bondad?
Pues es la virtud cristiana
que se llama honestidad.
¿Veis una rosa muy bella,
pero con muy mal olor?
Pues eso es una doncella
sin la virtud del pudor.
El pudor es el aroma
del alma de la mujer:
con él, es una paloma;
pero sin él, ¿qué ha de ser?
Un abono abominable
que inspira pena y horror;
una mujer despreciable
para todo hombre de honor.
Carne que el vicio ha comprado,
alma al demonio vendida,
un trapo roto y manchado
que se pisa y que se olvida.
Simpáticas guijarreñas:
si dijo verdad quien dijo
que sois sanas y risueñas
como los campos del Guijo,
yo, que sé quereros bien,

quiero que diga verdad
quien diga que sois también
modelos de honestidad.
Porque una linda doncella
sin la virtud del pudor
es una rosa muy bella,
pero que no tiene olor.

Vosotros, mozos briosos
de este apacible lugar,
los que en él vivís dichosos,
sin penas que lamentar:
sois la savia de la vida
del pueblo que cuna os dio;
sois la mano encallecida
que en huerto el erial trocó;
sois la mano que trabaja,
la que planta y la que riega,
la que poda y la que taja,
la que siembra y la que siega,
la que esparce y amontona,
la que roza la senara,
la que limpia y la que abona,
la que cava y la que ara...
sois los brazos vigorosos
de vuestros padres queridos,
que, ya viejos y achacosos,
van sintiéndose rendidos;
sois fuerza que está creando;
sois vida que está latiendo;
sois dicha que va cantando
y amor que viene riendo;
sois la raza fuerte y sana
que viene al nuevo vivir;
sois los hombres del mañana,
¡sois del Guijo el porvenir!
Juventud que vas trepando
por la cuesta de la vida
y contenta vas mirando
que es hermosa la subida:
si por ella tú supieras
caminar con alma honrada,
de seguro que tuvieras
menos triste la bajada.
Bizarros mozos del Guijo,
que de honradez sois dechado,
a vosotros me dirijo
con este consejo honrado:
jamás deshonréis las canas
de vuestros padres queridos
con ruines obras villanas
de corazones podridos.
Jamás amarguéis los días
postreros de su existencia
con infames rebeldías

de hijos sin Dios ni conciencia.
Jamás les deis el suplicio
de veros encenagados
en los abismos del vicio,
que son mansión de malvados.
¡Sed honrados, porque el Cielo
premia el honrado vivir!
¡Haced un pueblo modelo
del Guijo del porvenir!

Vosotros, los que ejercéis
la misión de gobernarnos,
los que adelante debéis
por buen camino llevarnos,
los que del orden cuidáis
con desvelos paternales
y fielmente administráis
los intereses locales,
sabéis que de Dios emana
toda humana autoridad,
y el hombre que la profana,
profana la santidad.
Sabéis, honrados varones,
¡cuán estrechas, cuán sagradas
son esas obligaciones
que os tienen encomendadas!
Cumplidlas honradamente
con probidad ejemplar,
pues ello ha de ser la fuente
del público bienestar.
Gozan los pueblos honrados
riqueza y prosperidades
si están bien administrados
por buenas autoridades.
Conducidnos por orientes
de progreso y de cultura,
que son las mejores fuentes
de toda dicha futura.
Pueblos que sin tales frenos
corren por otros caminos
son tribus de sarracenos,
son manadas de beduinos.
Y eterno borrón cayera
sobre vosotros mañana
si vuestro gobierno hiciera
del Guijo tribu africana.

Y a vosotros, ciudadanos
que con honor y pericia
tenéis hoy en vuestras manos
la vara de la Justicia,
también os quiero invocar,
también os quiero pedir
que, antes que prevaricar,
sepáis con honra morir.

Caed como una centella
sobre la humana malicia
si torcer quiere hacia ella
la vara de la Justicia.
Y al que la pide y la tiene,
dádsela sin vacilar,
aunque un puñal os ordene
tales derechos robar.
Públicamente os lo digo
para de ejemplo servir,
y un pueblo entero es testigo
de lo que voy a decir:
si a este sitio la malicia
me acerca una sola vez
y os propongo una injusticia,
tentando vuestra honradez,
que lo hagáis público quiero
para que el pueblo del Guijo
me llame mal caballero,
indigno de ser su hijo.

Vecinos de este lugar:
si en algo hablando ofendí,
bien me podéis perdonar,
porque ofender no creí.
Hablé con alma sincera
y quise un consejo daros
por si esta es la vez postrera
que en público vuelvo a hablaros.
Hablé porque al Guijo quiero
y al bien aspiro del Guijo,
pues no soy su forastero,
sino que ya soy su hijo,
y quiero vivir en él
y su gloria procurar
como un hijo honrado y fiel
que quiere a su padre honrar.
Yo soy de todos, vecino;
cuente conmigo cualquiera
cuando por buenos caminos
que yo le acompañe quiera.
Son para mí, sin resabios,
iguales grandes y chicos,
iguales rudos y sabios,
iguales pobres y ricos.
Y aunque a todos por igual
doy confianza y amor,
el más honrado y leal
siempre es mi amigo mejor.
Vivamos todos unidos
por lazos de afectos sanos.
¡Los pueblos están perdidos
si no son grupos de hermanos!
Se vive en buena hermandad
cumpliendo esta condición:

tenga el rico caridad
y el pobre resignación.
A todos juntos suplico
que cada cual así obre:
al pobre, que ayude al rico,
y al rico, que ampare al pobre.
Así ha de darnos el Cielo
salud y bienes sobrados,
y el Guijo será un modelo
de pueblos cultos y honrados.
Si el bien del pueblo anheláis,
dadle paz, honra y honores,
y en prueba de que lo amáis,
decid conmigo, señores:
¡Viva por eternidades
nuestra cristiana fe pura!
¡Vivan las autoridades
amantes de la cultura!
¡Viva la fe en los destinos
de nuestra aldea sencilla!
¡Vivan todos los vecinos
del Guijo de Granadilla!

(*) Versos leídos por su autor ante el pueblo de Guijo de Granadilla al recibir el honroso título de hijo adoptivo del mismo.-Lunes 13 de abril de 1903.

= = =

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

obras verso y en prosa

ALMA CHARRA

A la manera de pensar del *tio Gorio* sobre cualquiera cuestión le llama él «la mi sistema». Y hay que ver *la sistema* del *tio Gorio* en las cosas que interesan a los hombres más de cerca.

El *tio Gorio* dice que es cristiano, como su padre, como su abuelo, y no diré que es católico, apostólico, romano, porque eso sería hablar de mi cuenta y riesgo, pues el *tio Gorio* no alcanza tales conceptos con su magín. Para él no hay más que dos religiones: la cristiana, que es la suya, y la *no cristiana*, la de los judíos, que es la del boticario del lugar, que no va a misa ni se confiesa.

La religiosidad del *tio Gorio* está cuajada de un sentido utilitario acentuadísimo. Este es su móvil inmediato. En su credo, junto a Dios, tienen un puesto las brujas, de cuya existencia va desconfiando un poco; pero si las hay, pueden hacer mucho daño, y por si acaso, es prudente no negarlas a tenazón la existencia. Así va él pasando la vida, capeando temporales y contemporizando con los poderosos.

En la fe del *tio Gorio* hay de todo. Lo mismo cree en la eficacia de la oración que le echa a San Antonio para que le busque la ovejita extraviada, que en el mágico poder del conjuro que mata a los gusanos que se crían en las llagas de los animales.

Allá en sus adentros, tiene el *tio Gorio* secretos teológicos, que no suele revelar porque teme perjudicarse con ello.

—Creo en Dios; pero no creo en los curas— dijo, un domingo por la tarde, en un momento de abandono, mientras bebía con tres convecinos el vino que habían jugado a la brisca en el corral de la taberna.

No estaba borracho, estaba sincero; aquel era el verdadero *tio Gorio*, abandonado a sus pensares y sentires, no el *tio Gorio* de todos los días, siempre cauteloso, siempre en guardia, disfrazado. Y

aquella tarde, ya orientado hacia la herejía, sentó una segunda posición, todavía más fuerte que la primera:

—¿Sabéis lo que *sos* digo? Pues que la religión no es *náa* más que a *moo* de una maroma que tienen *pa* sujetarnos a *toos*.

Nunca el *tio Gorio* había levantado tanto la puntería. Con todo, los tiros no iban contra Dios. Dios era una cosa de arriba, del Cielo, y la Religión era una cosa de abajo, los curas, la confesión, los sufragios por los difuntos, los treinta *realazos* que costaba una boda...

Con Dios no se mete el *tio Gorio*. Lo teme mucho por hábito y por egoísmo. Le hace daño en los oídos la blasfemia, que nunca suena en su casa; y cuando la oye cerca de él, siente miedo, y algunas veces mira instintivamente hacia arriba como temiendo ver vibrar el rayo vengador que viene a carbonizar al blasfemo.

Reza bastante el *tio Gorio*, y mucho de ello es por temor a que un zarpazo de la Divina Providencia, irritada contra él, lo deje sin cosechas, sin salud o sin vida; sobre todo, sin cosecha; porque si para él Dios es su Dios, la hacienda es su diosa, y acaso me quedo corto. Se lo da todo: sus días, sus noches, su salud, su vida y hasta sus hijos. No cree que Dios le da la hacienda para sus hijos, sino que le da hijos para la hacienda. No pongamos al *tio Gorio* en duras alternativas que se vienen a las mientes. No le hagamos contestar ningún dilema.

En *la sistema* político-social de nuestro hombre hay muchos más puntos negros que en sus concepciones religiosas. Es escéptico y pesimista del más cerrado sistema. Ante todo, el Gobierno es un ladrón. El *tio Gorio* no admite siquiera la excepción del individuo. Todos, todos los que suben van a chupar el sudor de los labradores. Cuando bajan, ya están ricos, y dejan sus puestos a los que están esperando la hora de chupar también. Tienen hecho ese convenio; y vengan pagos, y vengan quintas, y vengan holgazanes en las oficinas, y vengan sueldos.

Y dilatando el concepto, comprende en él a casi todos los ciudadanos que no cultivan la tierra. Para el *tio Gorio* la palabra señorito es sinónimo de pillo. Para juzgar de la honradez de los hombres le basta saber cómo visten. Si tienen pantalones finos, chaquetón y sombrero alto, están juzgados. Cuando los ve en la ciudad, cree que todos son empleados y dice para su capote:

—¡Cuánto *holgación*! Yo no sé cómo la tierra da *pa* tanto.

En el fondo los odia; pero los adula y los respeta, porque los teme. Cualquiera de ellos le parece muy capaz de enredarle en un lío de papeles que le dejase sin calzones. No se fía de ninguno. En la vida le ha dicho la verdad al abogado a quien acudió en consulta, ni al candidato que le solicita su voto, ni al señor juez de instrucción que le llama para hacerle declarar. Hay que suponer que al cura se la dirá en confesión; pero a los demás no suele decirles más que lo que le conviene. La mayor de las imprudencias cree él que es entreabrir las puertas del alma ante los señoritos. Todos son iguales.

Yo defendí cierto día a uno de ellos, que era todo un honrado caballero, de injustísimos ataques que en el pueblo del *tio Gorio* le dirigían, y el *tio Gorio* exclamó cuando lo supo:

—¡A *cualisquiera* hora le iba a quitar al otro la razón! ¡Bien dice el refrán, que los lobos no muerden a los lobos!

Y después censuré la conducta de otro señorito que era un vividor, un grandísimo tunante. Y supe luego que el *tio Gorio* me había puesto esta corona:

—¡*Tó*!, pues no, que iba a alabar al otro! Bien dice el refrán: *"*¿Quién es tu enemigo? El que es de tu oficio."

A ninguno de los aspirantes a diputados por el distrito le niega el *tio Gorio* el voto, y menos cuando los mismos candidatos le hacen su petición a quema ropa; pero los candidatos se van, y entonces ya es otra cosa. Hay que averiguar si dan cuartos o es «*na* más que una *convidá*» y ver «cual es el que tiene mas cuenta a la gente» y tener muy presente también «*pa onde* está *ladeao* el secretario, porque no se le *pué* faltar ni tiene cuenta quedar *repunteao* con él». Los mayores apuros del *tio Gorio* sobrevienen cuando el secretario trabaja en favor del candidato que no da cuartos, o da «una *convidá* más *mísere*» que la del otro. Inspiraciones domésticas le obligan a decidirse siempre en favor del secretario; pero ¡qué amarguras y qué sudores le cuestan!

Los diputados son también unos señores ladrones a quienes hay que tener siempre contentos «*pa* si se ofrece meter *enfluencias pa* alguna cosa», porque *"*somos piedras que rodamos", y «pa *cualisquiera custión* se nesecitan empeños hoy día», porque «el que hizo la ley, hizo la trampa», y esa gente «te saca en un santiamén de *cualisquiera enreá*, y más si le alumbras un *pa* e duros *pa* café».

Cree firmemente el *tio Gorio* que los señores diputados prometen sin intención de cumplir lo prometido; pero "de *toos* modos y maneras, las *enemistaes*, *pa* el que las quiera son buenas, que *na* más traen que muchas desazones y muchas *perdas*, si a mano viene".

Para que el *tio Gorio* desconfíe de un negocio le basta conque cualquiera se lo proponga, aunque sea con la mejor buena fe. Proponérselo y sentirse alarmado, todo es uno. Muchas veces se deja escapar positivas ganancias que entre las uñas le ponen, porque no ve delante de los ojos otra cosa que la sospecha de que tratan de engañarle.

—¿Qué *quedrá* este pájaro? —dice maliciosamente cuando se aleja el que le propuso el negocio.

La gran vanidad del *tio Gorio* consiste en no ser ratero. Y, en efecto, no lo es; pero ¡cuántas veces lo dirá al cabo del día! Es su eterno sonsonete... "Porque otra cosa no tendré —dice el hombre—; pero en *tocante* a quitarle nada a *naide*, no hay quien ande con los pies más *asentao* que yo y *los mis* muchachos." Y es verdad. Hay en eso algo de hábito virtuoso, adquirido por herencia; hay también un terror pánico a caer, con toda su hacienda, entre las uñas de la curia; hay para él un argumento de fuerza contra el convecino ratero que le sustrae medio pie de la tierra en la linde con la punta de la reja, o le lleva medio cuartillo de trigo en los zapatos cuando le ayuda a limpiar una parva, o le corta a medianoche la regadera de las patatas para que beban las del ratero un traguillo antes que le llegue la vez; y hay, por último, un principio, de tácito egoísmo calculador, que podría traducirse así: "Yo no robo para tener derecho a que no me roben."

La sistema jurídica del *tio Gorio* se mueve toda entera alrededor del derecho de propiedad, que es para él el más sublime, el más sagrado, el más perfecto y hermoso de todos los derechos y el más merecedor del respeto de los hombres. Quisiera él establecer en el pueblo un pacto, firmado y todo, cuya única cláusula fuese esta: "El que le coma algo a otro, será condenado al pago del duplo de lo comido y a veinte años de presidio"; pero que lo condenen los *justiciales*, porque el *tio Gorio* le tiene un miedo espantoso a toda clase de litigios. Cuando coge al ratero con las manos en la masa, se pone como un energúmeno y jura que lo ha de entregar a los Tribunales, que lo ha de perder. No hay tal cosa. El secreto del *tio Gorio* es precisamente este: dejarse robar hasta los calzones puestos antes que meterse en denuncias y líos de papeles. Lo que hace es irse con mucho sigilo a casa del secretario para que éste amedrente al ratero y le haga pagar lo hurtado, prometiéndole, en cambio, intervenir en el asunto para que el *tio Gorio* no lleve las cosas más adelante. Algunas veces no le resulta la estratagema y se queda sin lo robado y hecho un basilisco. Por eso tiene vivos deseos de romperle la cabeza a unos cuantos convecinos; pero no lo hace porque dice que "eso es lo que quié la curia, que *haiga pegas tos* los días y que el que da tenga *pa* responder". Y maldice todo por eso, porque se ve sin medios de defensa contra los ataques a su propiedad.

—Si no doy parte, *tuito* me lo comen los golosos; si los meto en un *trebunal*, me *enrean* a mí también, y si *escalabro* a uno y coge testigos, me *arrascan* bien la bolsa entre unos y otros.

Si valiera tomarse la justicia por su mano, al *tío Gorio* le iría bien, porque dice que "a los sus muchachos no había más que *apitarlos* una *miaja*, y ya se vería luego quién llevaba los gatos al agua". Y él mismo haría también lo que pudiera, porque "no se le arruga el *ombrigo asín* como *asín*, ni lo *amedranta* a él ningún majito que le venga *turreando*, porque a él le *tufa* el aliento y no le coge miedo a *naide*"..., a no ser a ella.

Ella es su mujer, la *tia Pulía*, el ama y señora absoluta de la casa, de la hacienda, de los hijos y del *tio Gorio*, que la teme como a una nube de verano, cargada de rayos y granizo. Fuera de la casa la llama siempre así: ella; y algunas veces, la tía. En casa tampoco la llama por su nombre: la llama *chacha*, y siempre bajito y como con algo de cariño vergonzante, preñado de temores y respetos.

La *tia Pulía* es más lista que su marido y trabajadora en demasía. Dicen de ella que "es una, cendra; la tía más *árdiga* que hay *pa* el trabajo". Ella espada lino, hila, echa telas, excava los garbanzos, espiga las cortinas, asiste a los cerdos, cría pollos, remienda, lleva al campo las comidas, compra y vende, cobra y paga, lo dispone todo, lo dirige todo, lo absorbe todo. Y todavía le queda tiempo para hacer algo de fruta de sartén "*pa* si se ofrece", y para poner bien majos a los dos mozos los días de fiesta y para hacer diplomáticas gestiones cerca de las madres de las mozas que a ella le gustan para novias de sus hijos. Las conoce como si todas fueran hijas suyas. Para eso tiene un ojo envidiable la tía Pulía. Hay que oírla hablar así:

—Cuál, ¿la del tío Gorrilla? ¡Ay queridota, y qué *comenencia pa* un *probe*! Mucho hacer puntilla, mucho sacarse *pa* fuera la chambra, mucha gamonita con los mozos, mucho abanicarse en misa, mucho barrer el *enrollao*, y luego *pa* dentro de casa los tapujos, y las *marranás*, y las

zancajerías, y los camisones *curtíos* y los paños como tizones. Y encima entrampaos hasta los ojos. ¡Si *tuito* lo da a hacer! ¡Anda, que a la maestra bien la va con ella! Por cuatro *monás* de *na* que le *cosiquea*, allá van los *mandilaos* de *frejones*, y las buenas *cazuelás* de garbanzos como *abogallas*, y la buena torta reciente, y los buenos *pucheraos* de calostros y de suero en el tiempo. Y luego, cuando viene el *cobraor* de la contribución, ¡a echar la vela pastora por el lugar en cata de los cuartos! ¡Buena gobierna de casa anda allí!

¡Pues no *sos quió* decir *na* de las mocitas de la nuestra comadre! ¡Que las revendiera a *dambas*! ¡*Má* que las crió, y qué fiesteras, y qué monas, y qué *holgacianotas*, y qué amigas del buen *bocao*, que no gana su padre *pa golosás*! Allí rosquillitas, allí coquillos, allí perrunillas, allí floretas, y venga *escachar güevos*, y venga mercar azúcar, y la fanega de trigo *pa* el tío de las uvas y la tarja *diendo* y viniendo de la taberna y un buen caramillo de trampas en *cá* las tenderas... ¡Quítalas delante, y quién cargará con ellas! Y no es decir que en la casa no *haiga entrás*, que su padre anda *reventao* siempre, buenos años que ha tenido, porque bien le ha *pintao* el trigo del rozo hogaño y otros años que no miento y bien se han *enllenao* de garbanzos y *garrobas* y de *too*; pero *alantan* más las gallinas a *esparramar* el montón que él a *ajuntalo*...

Y de parecido modo va pasando la la *tia Pulía* minuciosa revista a las mozas del lugar, indicando "a los su muchachos" cuáles pueden convenirles y advirtiéndoles que se estén quietos hasta que ella "le tire alguna *puntá* a Fulana *pa* saber si hace cara o no hace cara". Los dos mozones hacen lo que el *tio Gorio*: oír, callar y obedecer.

El *tio Gorio*, según él dice, "está *desimío* de esas *custiones*, que son como *pa* las tías *na* más". En realidad, está desimío de todas las cosas, porque la *tia Pulía*, que ejerce sobre él un dominio irresistible, le invade todo el campo de sus atribuciones e iniciativas. Le proponen a él la compra de una vaca, por ejemplo, y aun sabiendo que ella quiere que se venda, contesta invariablemente: "¡Pchs! Pues hombre, en queriendo ella, por mí no hay pero *nenguno*."

—«Mira, *Gorio*, que ha *venío* el alguacil *pa* que vayas mañana a Concejo; y a ver la palabra que sueltas allí; *cuidaíto* con que te dejes *enrear*; mira que tú eres el tío más *fiao* y más *desmaliciao* del lugar, y te dejas *entruchilar* en un santiamén.

»Van a determinar del *istierco* del rodeo, y ya te he dicho que yo no *quió* rebujinas. Si el compadre quiere mercarlo allá se las vea; tú no me vengas con medias, que las medias son buenas *pa* las piernas, y la grasa se la chupa siempre el demonio de alta peña y a casa no me traes más que las *perdas*.

»Si determinan también de echar la derrama *pa* mercar el *reló*, ahora te lo digo: tú te *desimes* de eso, que yo no *quió reló* ni *reloa*; ¿estás *enterao*? No me vengas luego con que si pitos, con que si flautas, y tengamos en casa alguna que sea *soná*. Y de los pastos, ya sabes: si le rebajan un real a las ovejas y le suben tres a las vacas, entras en la *comunidá*, y si no, no...

»Y no me vengas, como *hogañazo*, con la música de que tenían ley *pa* hacerte entrar, porque hogaño no entras, ya lo sabes; y si te dejas engatusar, a casa no vengas, *Gorio*, porque no estoy yo aquí hecha una esclavita de lo que hay *pa* que tú me lo *malrotes* en pagos; ¿te enteras? No digas luego que no te *alvertí* bien *alvertío*; y ¡no las tengamos, no las tengamos!, que soy enemiga de desazones, y tú paece que le andas buscando siempre tres pies al gato, y tiene cuatro. Yo debía hacer contigo lo que hacen otras con el marido: no dejarte ni *resolgar* siquiera, ni meterte en nada, ni hacer tratos ni contratos con la otra gente; pero, *velay*, todas no tenemos la suerte de tener un marido que se deja llevar, como hay otros. Una de esas que yo me sé te debía haber caído a ti a la cola, *Gorio*, *pa* que supieras lo que es bueno; y no que tú, encima de no servir *pa na*, *empeñao* en meterte en todo y salirte siempre con la tuya."

El *tio Gorio* aguanta paciente y mudo estos chubascos, y ni siquiera le entran ganas de discutir las sinrazones de ella. "La tiene como *dejá*, porque las tías son *asín toas*; y porque en muchas custiones no va ella *descaminá*, y de *toos* modos y maneras, más ven cuatro ojos que dos."

Allá, para sus adentros, se quieren bien.

Los amores del *tio Gorio* y la *tia Pulía* no fueron nunca vehementes. Unió a la pareja, no el amor precisamente, sino la mutua conveniencia, medida y pesada por la familia de ambos. "Había tierras que lindaban que en rompiendo la miaja de linde, quedaban unas alhajas, y dos *praos* pegando, que *náa* más quitar el medianil, y aquello era una *desa*.»

Y se casaron con el afecto que puede nacer de una previamente sentida comunidad de intereses y de un par de años de trato, reducido a un rato de charla los sábados por la noche y los domingos por

la tarde. La vida común avivó después aquello, y llegaron a quererse con cierta pasión, más sincera que fogosa.

Por entonces iban juntos a la feria de la ciudad y a las fiestas más notables de la comarca; y así llegaron días en que se amaron, no como héroes de novela, pero sí más y mejor que ninguna otra pareja del lugar. La sangre, en aquellos tiempos, estaba inquieta, y como en casa no había testigos, que eran los enemigos más grandes de aquel amor cobardón y pudoroso, salía este de sus hondos escondites, y los vieron muchas veces las paredes de la modesta casita corretear por allí... Pero vinieron los hijos, crecieron, y "antes de que tuvieran conocimiento" se hundieron para siempre en el fondo del baúl los juguetes del querer, y allí no volvieron a cruzarse dos miradas que hablasen de tales cosas. Fuego había, pero sin humo y sin llamas.

Pasaron los años, y aquello no era ya fuego: era suave calor de cenizas no movidas, tibio pero duradero. Los hijos lo barruntaban, sin saber de dónde venía, y se criaron en aquella templada atmósfera con la absoluta inconsciencia de quien vive en su elemento. Y así fueron luego lo que son: naturalezas simples y sanas de pasiones sosegadas, dóciles a todo freno, tranquilas, equilibradas, mudas, sufridas y austeras. Ambos son buenos mozos, trabajadores y cobardones; no fuman, no beben vino, no conocen más juego que el de la calva. Su madre los echa a la calle los días de fiesta para que luzcan sus ajustados calzones; los blancos borceguíes nuevos con pespuntes amarillos; las gorrillas de embudo, adornadas con un lirio o unas hojas de romana; los camisones como el ampo de la nieve; las blusas nuevas de engomadas telas rebeldes a la adherencia; los grandes tapabocas con flecos de chillones colorines.

El *tio Gorio*, cuando ellos se van al baile de tamboril, se reúne siempre *causalmente* con algún compadre, "y se la echan a dos a la brisca". No lleva nunca consigo más que diez céntimos, que le da ella cada día de fiesta, siempre con la amenaza de suprimirle la pensión la primera vez que vaya a casa chispo; pero no sirve. El día que pierde la partida, menos mal, porque no bebe más que la cuarta parte de lo que pierde; pero cuando gana no quiere llevar los diez céntimos a casa, por no sentar precedentes perjudiciales, y los echa en vino, que se bebe amigablemente con el compañero ganancioso. No se emborracha; se pone alegre, bromista, charlatán y muy cariñosete, que es lo que no puede resistir la *tia Pulía*. Siempre regresa él a casa con el decidido propósito de aparentar serenidad, para que la mujer no se entere; pero la alegría que hormiguea todo su cuerpo le hace olvidarse de todo, y cuando asoma por la puerta de la cocina, ya sabe la *tia Pulía* cómo viene. Lo primero que suele hacer el hombre es llamarla con cierto mimo "parienta", en lugar de chacha, y eso la pone a ella fuera de sí.

—¡Mal *relobado* te entrara, Dios me perdone, re...*peinetero*! ¿*Sos paece* qué escarmiento el de este retunante? Mira, reladrón, o te quitas delante de mis ojos, o esta es la noche que te enderezo con el badil en los hocicos. ¡Vergüenza te podía dar!, tener dos hijos mozos que están en su casa, como Dios manda, desde el ponerse el sol, y tú *enfonchao* en la taberna hasta las ocho de la noche, *derrotando* lo que otros ganan y dando escándalo. ¡Quítate *lante*, que no tienes rayo de vergüenza, ni la conoces siquiera! Más te valía darle mejor ejemplo a los muchachos. ¡Anda que yo, yo te ataré corto, yo!; te aseguro y te prometo, como esta es cruz, que vas a mudar de librea desde hoy, o el demonio va a andar en Cantillana. La perra que esta tía te vuelva a dar *pa vinarra* que me la claven en la frente, *bausanazo*. Esa vivienda que traes, yo, yo te la quitaré, yo, bribón. O mudas de bisiesto, o nos van a oír en *too* el lugar, *conti* más en la vecindad...

Todo esto lo dice la *tia Pulía* sin dejar de trajinar en la cocina, andando de un lado para otro, con mucho manoteo al aire, mucho estrépito de cacharros, mucho *sorrascar* los tizones del hogar y mucho entrar y salir de la cocina sin hacer oficio de provecho.

El *tio Gorio*, como no está del todo solo, no se asusta, y su prurito irresistible de mostrarse cariñoso, le hace decir:

—Vamos a menos, parienta, que no hay *nengún* motivo para desazonarse *asina*. ¡*Mia* qué hijos nos ha dao Dios! ¡Mia qué dos mozos, mujer! Si hay otros dos más *plantaos* en el lugar, que salgan, ¡*mecachi* en *sanes*! Esto quita las penas; y eso que ni *quió* decir *na* de ti, de si tú eres *asín* o eres *asao*, que me paece que a *trabajaora* y a *aseá* y a vividora y a conocimiento, no quiero yo que *haiga* quien te eche la pata encima en *tos* estos *encontornos*...

—Pero ¿*sos paece* qué tío éste? ¡Malos moros me cautiven si vuelves a entrar en casa desde el punto y hora en que toquen a las oraciones, *resinvergüenza*! Acuérdate de lo que te digo esta noche

y ya estás *zutando* a la cama, que te aseguro y te prometo que esta noche no te da acedía con la cena.

El *tio Gorio*, después de oír otra docena de improperios, acaba por irse a la cama, sin preguntarle siquiera a los mozos "si están ya *apajás* las vacas, y si tienen *ensobeao* el carro *pa* mañana, y *goberná* la coyunda vieja, y bien *aguzaos* los destrales, que hay que *dir* a la *desa* a *esmochar* unas encinas".

En la cocina se quedan como sordos, cuando el *tio Gorio* se va a la cama.

—*Echai* sopas —dice la madre a los mozos.

Ella, entre tanto, da la última vuelta a la humeante puchera de garbanzos, berza y fréjoles y prepara la mesa, que es el *naso* del pan.

Y mientras cenan, como recordando la escena pasada y sintiendo el gran vacío que la ausencia del *tio Gorio* ha producido entre ellos, dice a los humildes mozos:

—*Velay*, no tiene más que esa miaja de falta, y hay que tapársela, que él bien bueno y bien vividor que es; y *pa vusotros* es un padrazo, que no sabe *negaroos* ningún gusto...

MAJADABLANCA

El *tio Pelao* nos estropeó la vida: nos interrumpió la dulce siesta espiritual que dormíamos en el regazo blando y tranquilo del mundo honrado...

El maestro de escuela, el cura y yo vivíamos en Majadablanca como tres príncipes, como tres príncipes de Majadablanca, por supuesto. El lugarejo era chico y estaba escondido; por eso era nuestro; nuestro en el sentido amoroso de la palabra, por dominio natural de buena casta porque era hijo de nuestra mayor cultura, puesta con nobleza de oro al servicio del mayor bien de las gentes del lugar. Tenían estas sus roñas y sus miserias, pero eran pocas y no de las de la medula. En fin, que Majadablanca era de lo mejorcito que quedaba en este mundo, porque el mundo no la había visto.

Pero al *tio Pelao* que era el tío más holgazán y más malignamente curioso del pueblo, se le metió en la cabeza que un muchacho de ocho años que tenía saliera a *probal* del mundo, y para ello se lo llevó a la ciudad y se lo dio a un albañil. Se lo dio, así como suena; porque en el fondo lo que el *tio Pelao* quería era *echal* costo de casa, y aunque nadie le quedaba más que el chico, que vendría a costarle, a todo tirar, doscientos reales al año, mejor estaba sin él, porque a la holgazanería y al hambre les place mucho la soledad.

Se fue el muchacho, y nosotros tuvimos que resignamos a que el padre no se fuese detrás de él. Por supuesto, lo teníamos a raya, porque la gente era nuestra, y el *tio Pelao* no tenía agallas para desmandarse solo, y menos desde que le hicimos trizas un proyecto de soez concubinato con una infeliz mendiga medio ciega y medio imbécil.

El *Pelinos*, como llamaban en el lugar al hijo del *tio Pelao*, estuvo por allá cinco o seis años, y cuando ya nadie se acordaba del santo de su nombre, se presentó un día en la aldea, hecho un grosero guiñapo, sin oficio, sin pan y sin vergüenza. Lo encontramos en nuestro habitual paseo vespertino por el camino más ancho del pueblo. Me costó trabajo conocerlo. Había crecido mucho, venía flaco, venía amarillo, venía insolente, venía perdido. Al llegar junto a nosotros fumando un cigarrillo maloliente, nos miró un momento con osadía, con impertinencia, y pasó sin saludar, como diciendo que buena cosa le importaríamos nosotros a él.

—¿Quién es ese? —preguntó en seguida el cura-.

—¿Ese? —contestó el maestro—; pues ese es el hijo del *tio Pelao*, como si dijéramos: el demonio, que viene a darnos que hacer.

El mozalbete, en efecto, era un caso de estupenda perdición. En pocos días dio algo de todo: baile y cante de tangos desbaratados en la taberna, a cambio de unos sorbos de aguardiente que le daban cuatro viejos socarrones; raterías descaradas en huertos y gallineros; lenguaje perversamente achulado, bárbara jerga de los últimos períodos de la chulería degenerada, que no ha degenerado, ¡ay!, para morir, sino para acabar de atormentar el buen gusto de las personas decentes; blasfemias en plena calle, y mayores si pasaba cerca el cura... En fin, el mozuelo era un caso patológico, un precoz alcoholizado, dañino, un impulsivo, un frenético... El cura estaba inconsolable y aterrado; el

pedagogo estaba furioso, y yo llegué a acariciar el loco proyecto de pegarle al podrido adolescente una paliza brutal en la soledad del campo. ¡Nos contaban unas cosas!...

Una tarde de julio, cuando yo andaba engolfado en los trajines de la siega, pasé junto a una gran charca de las cercanías del pueblo, y mi caballo quiso ir a beber en ella. Y mientras él embaulaba desde una orilla cántaros de agua caliente, verdosa y fétida, observé lo que en la orilla opuesta ocurría. Ocho o diez chicos, sin escrúpulos de higiene, se bañaban, bajo el sol achicharrante, en las cenagosas aguas de la laguna y se divertían arrojándose unos a otros puñados de fango y limos que se adherían a la piel cobriza y reluciente de aquellos huesosos cuerpecillos escaldados. En el grupo de combatientes había uno que ya pasaba de niño. La distancia y la desnudez no me dejaron por el momento reconocer a *Pelinos* en aquel sátiro anguloso, con miembros de adolescente enflaquecido por las miserias más horribles de la carne y del espíritu; de acentuada inclinación dorsal hacia adelante, iniciada ya en las ingles, brazos larguísimos y flacos; blandos meneos de mico...

Uno de los rapaces, en el calor de las refriega, levantó demasiado la puntería y le puso a *Pelinos* entre los labios una bola de fango pegajoso. El agredido lo escupió con bascas de perro hidrófobo y envuelto en una blasfemia tan espantosa, tan criminal y tan bárbara, que todos los combatientes se quedaron aterrados, inmóviles, en las diversas actitudes semitrágicas en que el grito horripilante les hirió en el oído y en el alma. Y aún le dijo al inocente agresor con voz de saña asquerosa:

—¡Oye, tú *boceras*! ¡A ti te...!

Y yo, que todo lo oí, en vista de que no es lícito reventar a un innoble bicho humano bajo las patas de un caballo, que es un animal muy noble, lancé al mío por la senda polvorosa que conducía a los trigales en siega, sin volver atrás los ojos, por no ver otra vez al desdichado canallita.

Pues no pasó una semana, ¡y otra vez se me puso delante el mozalbete! Era ya una obsesión que estaba haciéndome daño.

Fue una mañana a la salida del sol. Yo había pasado la noche —una noche hermosa y cálida, de espléndida luna llena— en la orilla de la sierra, esperando el paso de una pareja de jabalíes, que se daba grandes festines de trigo en las hacinas.

Iba a salir el sol. Yo caminaba distraído, ya cerca del lugar, y al cruzar una calleja bordeada de zarzales y saúcos el caballo se espantó, dio un respingo de costado, y estuvo a punto de rodar por el suelo pedregoso.

Una mozuela rechoncha, colorada, sanota, flor de aldea, mal peinada, mal vestida y descalza, venía huyendo, iracunda y jadeante, como loba herida, con un pedrusco en la mano, mirando hacia atrás y apostrofando con rabia. Al verme cerca cobró ánimos, suspendió la huida y, parada en firme, redobló las invectivas. El sátiro se replegó contrariado. ¡Era *Pelinos*! No tuvo ni el pudor de sorprenderse. Miró a la moza con ira y a mí con odio. La muchacha lo miraba desde las cumbres de la cólera triunfante...

Yo tenía el alma cargada todavía de purezas exquisitas destiladas en el seno de una noche de silencio que habló cosas divinas con la sierra; una noche grande, de grandeza religiosa, que cayó sobre mi alma como bálsamo; una noche dulcemente dolorosa, de las que invitan al llanto, pero a un llanto, placentero, raudal suelto de todas juntas las ternuras de la vida sentimental, las que solamente salen de las entrañas del alma cuando saben que está sola y abierta por todas partes a las hondas confidencias eternamente secretas de la soledad augusta, que es honrada porque es muda, y del dulce silencio de los campos, que es discreto porque se deja oír pocas veces. Una noche de aquellas que regeneran, que levantan el corazón por encima de la vida de los hombres...

Y entonces fue cuando tuve que ver a *Pelinos*, la criatura bestializada, cuya visión yo creí que me haría descender a grandes tumbos de las cumbres aquellas del mundo espiritual y caer otra vez en la vida panza abajo y ridículamente espatarrado apernear en el charco con risible gentileza de gusarapo engreído...

Pues no hubo tal. Lo que sentí fue una lástima muy noble, una piedad dolorosa del mozuelo, un deseo infinito de regenerar y perdonar, como si yo fuese Dios.

Y el sátiro, enconado, mientras yo pensaba tal, inició la huida; pero antes miró a la zafia Susana con ojos de sangre y le enseñó una navaja muy larga, que blandió en forma de amago; y a mí me enseñó otra cosa: me enseñó burlescamente la lengua, y con cínico ensañamiento me hizo con la mano un gesto gráfico, injurioso y groserísimo, y a trote largo de lobo flaco se hundió en seguida en la red laberíntica de las callejas sombrías de los huertos.

—¡Estamos frescos! —dije a mis amigos aquella tarde en el paseo, hablándoles del suceso.

—¡Lucidos estamos! —murmuró muy preocupado el maestro.

—¡Estamos perdidos! —exclamaba el pobre cura, llevándose las manos a la cabeza.

—Pues ahí tenemos al héroe —añadí yo, señalando un grupo de chicos que veinte pasos a la derecha del camino rodeaban y escuchaban en pie y atentamente a *Pelinos*, que les hablaba sentado en el suelo y fumando un cigarrillo—. Había puesto allí la cátedra.

Los escolares nos vieron pronto, y al pasar ya frente a ellos se inició en todos un movimiento de duda. Nosotros, que íbamos muy calladitos, oímos que *Pelinos* le dijo muy despacio al más pequeño:

—¡Anda tú, *beatiyo*! Anda, *mandria*, a besarle a aquel tío la mano, y le dices de mi parte que él a mí...

El cura se santiguó horrorizado. El grupo de los muchachos se abrió como una granada, pero ninguno tuvo el valor de arrostrar la chacota de *Pelinos*, y se quedaron por allí como distraídos, rompiendo el césped con los tacones de los zapatos o dando suaves golpecitos con un canto en la pared...

Y entonces el maestro, que era un hombre recio, autoritario y de genio arisco, se fue en derechura a ellos bufando como un gato rencoroso; y sin previas explicaciones, rompió en una cachetina escandalosa, equitativamente repartida entre los pequeños renegados, que aguantaron la lluvia de pescozones con mal disimulados gestos de vergonzosas protestas, verdaderos asomos de rebeldía no observados por el iracundo pedagogo, que no estaba para observar menudencias. *Pelinos* no se dejó echar el guante. Miró al maestro como miran los lobos a los mastines, y apreciando con instinto irracional su inferioridad de fuerzas, huyó vergonzosamente a media carrera, de mala gana, como garduño que se deja atrás la presa...

Reunidos al día siguiente nosotros en casa del cura llamamos al*tio Pelao* que, resumiendo su perorata defensiva, llegó a decirnos así:

—Y de *tóos móos* y maneras, esas son *delicaezas* de *ustés*, y la *mocedá* es *mocedá*, y hay que *ejal* que *ca* uno *jaga* lo que *mejol* le *paeza*, que los tiempos son ya *mu* otros, y *usté* en la iglesia, y *usté* en la escuela, y yo en mi casa, y *ca* uno en la suya y Dios en la de *tóos*, y punto concluido. ¿No *verdá*?

Nos quedamos como mármoles.

Acudimos en queja al alcalde, el cual nos dijo, sin menear las orejas:

—Si *ustés* hubiesen *cogío* al mozo en fragante, cogiendo algo de *cualisquiá hereá*, santo y *güeno* para *jechali* la ley encima; pero *ondi* no hay delito no *pue habel* castigo, y hoy en día no se *pue jacel na* sin ley porque *cá* uno es *cá* uno, y la *genti* ya no *inora ná*, y es menos *aguantá ca ves*, y a *naide* le gusta que *naide* se meta en *cá naide*, y a *na* que te *escuidies pa castigal*, ya te están tirando por alto, u diciéndote en tus *jocicos* que si tal que si cual, y que si *crúo* o que si *cocío*, y que si pitos *u* que si *frautas*. ¿Están *ustés*?...

¡Ya lo creo que estuvimos! Estuvimos a punto de estrangular a la primera autoridad civil de nuestro pueblo; mejor dicho, del pueblo de *Pelinos*, porque suyo sería pronto, al paso que iba.

Las noches de taberna, muertas antes, eran abiertamente ruidosas y alegres, porque los tíos que tomaron aquello primeramente como sesiones de títeres en que *Pelinos* era el héroe, se aficionaron con grosería a las veladas regadas con vino agrio y encendidas por la pimienta de chascarrillos soeces de última fila, reídos por bocazas puercas y por barrigas repletas de guisotes picantes de carne de cabras tísicas.

Cerca de Majadablanca, por entonces, pasó el PROGRESO volando, y con las puntas de sus alas trazó en los campos dos vías: un tren y una carretera. Un comisionado de apremios, más filósofo y sociólogo que los tíos, predicóles de ateísmo y de anarquía, de libertad y de sagrados derechos, de frailes y de monjas, todo junto. No le entendieron bien todo, entre otras razones, porque el otro tampoco lo entendía; pero es lo cierto que se los llevó de calle. De paso dejó establecida la institución del *cané*, que creció como la espuma.

Lo demás lo hizo el demonio.

. . . . . .

Hoy, Majadablanca es esto:

Un cura que dice misa para diez o doce mujeres y para cuatro o seis hombres.

Un maestro jubilado, que vive tomando el sol en el corral de su casa.

Otro maestro muy joven, que enseña todo lo que hay que saber, menos los diez mandamientos.

Cinco vecinos que viven, como Dios les da a entender.

Noventa y tantos ciudadanos libres que piensan como escuerzos y blasfeman como demonios.

Otras tantas arpías desgreñadas que beben aguardiente y hablan como carreteros.

Y los ciento y pocos más vecinos del lugar, defendiendo a tiro limpio los repollos de berzas de sus respectivos huertos.

El *tio Pelao* nos interrumpió la siesta, nos estropeó la vida...

Pelinos nos ha vencido.

DISPARATE

La vaca, que estaba echada dio un inmenso resoplido quejumbroso, y el chotillo nació sobre la escarcha del valle. Eran las cinco de una mañana de enero crudo; una mañana cruel para los hombres, para los brutos, para los árboles... Todo mudo, todo helado, todo blanco. Se condensaba el aliento; el ambiente hería la piel.

La vaca se levantó de repente y olfateó con avidez el informe saquillo membranoso que yacía inmóvil sobre la sábana de hielo. Lamió, lamió con codicia, con prisa, con ahínco, con ansia de calentura. Se estremecía, y no de frío, y con los ojos muy abiertos, relucientes, codiciosos, seguía lamiendo, lamiendo, prestando con el cálido aliento que salía como dos columnas de humo por las narices húmedas y dilatadas, calor suave, calor de madre, calor de fiebre creadora, calor de vida...

Y delante de la tibia lengua áspera, cual si esta fuera cincel de artista sublime, fue surgiendo, fue surgiendo poco a poco la bellísima cabeza de un becerrillo tembloroso, húmedo y bello, no de bronce, no de mármol, como obra fría del arte, sino de carne palpitante, de sangre caliente, un pedazo de naturaleza viva para moverse en el mundo y alegrarlo...

Y surgió el animalito enteramente a la vida, limpio, precioso, echado sobre la helada como estatuilla de oro sobre mármol, despertando en mi memoria varias remembranzas bíblicas de los tiempos de las locas idolatrías...

Me acerqué sugestionado. Vióme la vaca, y ante el supuesto peligro, se encampanó embravecida. Tembló, gimió sordamente, clavó los ojos de acero en su ídolo, después en mí, luego otra vez en el choto. Inició la acometida, y se detuvo, mirándole nuevamente. Me hizo, sin palabras, la más acabada historia del rencor en la impotencia. Yo era su odio, que la llamaba provocativo; el hijuelo era su amor, que la estaba deteniendo. No podía dejar al hijo; por eso no me mataba. Y me enseñaba la muerte en las puntas agudísimas de sus astas de marfil con vetas negras de bruñido azabache reluciente. Pero yo estaba tranquilo. Por entonces yo sabía que el amor siempre es más fuerte que el odio.

Me acerqué más a la bestia enamorada, y vi en sus ojos la calentura magnífica de la triunfante maternidad.

El becerrillo se incorporó trabajosamente. Quería calor, quería vida, quería mamar leche tibia. Anduvo dos o tres pasos, vacilante, como un ebrio, y cayó al cabo. Tornó a levantarse, volvió a caer y otra vez se levantó. La madre, a cada caída, se precipitaba sobre él, lo alentaba, lo lamía, me miraba. Y, al cabo, el recién nacido, tembloroso, haciendo equilibrios de borracho, se sostuvo apoyándose en el vientre de la madre. Y alzando la preciosa cabecita, buscó la ubre con el húmedo hociquillo charolado. No podía dar con ella; la buscaba entre las manos de la madre, y apoyado siempre en esta siguió andando alrededor y dio, por fin, con la no aprendida fuente. La vaca, abriendo los pies traseros, se la entregó toda entera, blanca y rosada, inmensa, henchida, pletórica... Y colgado de un pezón el becerrillo, dio tres golpes con el testuz a la ubre y se quedó luego inmóvil, como dormido, recibiendo con deleite el oculto chorro lácteo, caliente y rico, que poco a poco iba haciendo dilatarse los ijares, antes hundidos, del glotoncillo inconsciente...

Sentí ruido hacia el camino. Pasaban dos mujerucas arrebujadas en mantas viejas y montadas en dos borricos que iban pisando tímidamente el sendero, *empanderado* por la helada. Las conocí; eran de la aldea. Una de ellas llevaba algo escondido bajo la manta.

—¿Dónde vais a estas horas y con este frío que hace? —las pregunté sin acercarme al camino.

—A *lleval esti* contrabando a la *ciudá*, *seol* —dijeron—; es lo de esa perdía de *Luteria*, que ha despachao esta mesma noche y mos lo han dao pa llevalo ondi ya tienen quizá otros dos. Y *cuidaíto* si con *esti* frío que *jaci* no casca *antis* de *llegal* allá el infeliz.

Y sonó un llanto muy débil, que parecía lejano, de sonsonete uniforme, ronquito, con acento de fatiga...

Me quedé como atontado.

—Pero ¿y la... madre? —dije a voces a las *tiucas*, que se alejaban.

—Tan *campanti*, *seol*; tan *campanti* que se ha *queao* sin el engorro de este infeliz —me gritaron, ya desde lejos.

No supe dónde posar los ojos, y los volví de repente hacia la vaca. No estaba ya donde antes. Iba ya lejos, internándose de prisa en la espesura del monte y mirando al hijo, que trotaba junto a ella contento, triscador, con el estómago lleno, ¡y sin frío!, ¡sin pizca de frío!...

Y entonces fue cuando yo puse en boca del niño que iba llorando este magnifico disparate:

—¡Ay, ay! ¡Quién fuera choto... quién fuera choto!

EL VAQUERILLO

¡Je, je! —gritaba el mozuelo entre silbidos prolongados y agudísimos—. ¡*Juera*, vaca, *juera*! ¡Chula! ¡Chula! ¡Al alma que *sos* crió, *jolgacianas* del *congrio*! ¡Chota! ¡Chota! ¡Coronela! ¡Bragaína! ¡Se *ponin* bobas, *recongrio*! Y el ganado descendía con lentitud perezosa por la cuesta del calcinado encinar, que dormía silencioso en las márgenes del río; un río de aguas calientes y mansas, que también parecían medio dormidas.

La tierra entera callaba bajo el peso de aquella siesta de plomo, y los cielos, infinitos y magníficos, inundados de radiosas vibraciones de ardiente luz meridiana, blanqueaban como plata derretida.

Fueron llegando las vacas a las orillas del río y en él se atracaron de agua tibia; hasta que la piel de los ijares, distendida, se les puso como el parche de un tambor. Algunas entraron en el remanso y allí quedaron paradas, inmóviles, como ídolos de granito, derramando por los tibios bezos flácidos el agua sobrante, que caía en hilillos transparentes sobre la tersa superficie del remanso. Las demás, con paso suave, de lentitudes armónicas y solemnes, se fueron retirando de las orillas del río; y despacio, muy despacio, como arrastrando con tranquila fortaleza la pesadez angustiosa de la hartura, fueron a echarse a la caldeada sombra de las próximas encinas, a rumiar y a dormitar.

Y entonces llegó el vaquero.

Era un zagalón talludo y fuerte, un adolescente de color aceitunado y pupilas de carbón, vestido con un traje cuyas prendas, con su desigual estado de conservación y sus graciosas desproporciones de tamaño y aun de forma, denunciaban cien domésticos apuros económicos, salvados con largas intermitencias de muy varia duración: bombachos de paño muy remedados, y excesivamente cortos; unos zapatones cuadrados, enteramente nuevos, inmensos a lo largo, a lo ancho y a lo grueso; medias de lana, que eran pardas hasta la mitad de la pantorrilla y más pardas de allí para arriba, hasta cerca de la rodilla, por debajo de la cual estaban sujetas con cintajos retorcidos; zahones de cuero con agujeros y cuchilladas; un chaleco viejo, sin botones, encima de una blusilla nueva de tela azul, con las mangas estrechísimas y cortas y un sombrero de alas anchas, de elegante forma, que había sido, en otro tiempo, de un señorito, probablemente del amo del vaquerillo.

El muchacho llegó a la orilla del río, se puso de un brinco sobre una peña y se quedó mirando, tal vez sin verla, la corriente de las aguas sosegadas, extático, como dominado por un inconsciente estrabismo inevitable, quieto y sin pestañear. Luego, como saliendo de un sueño, sacudió ligeramente la cabeza, miró las vacas, miró al sol, miró de nuevo las aguas, y se quedó pensativo, dando suaves golpecitos en la peña con la punta del garrote que llevaba. De pronto tiró el garrote,

tendió por las cercanías una mirada de precaución pudorosa y comenzó a desnudarse. Le pedía el cuerpo baño, frescura, deleite, sensaciones fuertes que le sacaran de cierto estado de misterioso desasosiego que padecía. Todas las cosas del mundo le parecían desabridas menos aquella en que andaban enredados sus pensares. Sentía calor en las entrañas, que se le ponían muy tristes, y a veces se le oprimían hasta causarle dolor; tenía pena, la pena inquieta que infunden las ardientes ansiedades no satisfechas; sentía zozobras y temblores de la carne, y mucho miedo también, el miedo mezclado de forzada valentía con que se acerca el soñado misterio apetecido, el que quiere descorrer el velo que se le oculta...

La absoluta soledad en que vivía le había enseñado muy poco. No tuvo jamás amigos que le iniciaran en los grandes misterios del placer, que él había ya presentido, y hasta concretado un poco, gracias a las enseñanzas de aquella vigorosa y fecunda Naturaleza que le rodeaba y de la cual venía él a ser un discípulo rezagado, más rezagado que aquellos peces del río y aquellos mirlos del tamujal, y aquellos chotos traviesos, bárbaros en sus retozos, y aquellos carneruelos que perseguían a las ovejas con el pescuezo extendido, entre ronquidos nasales y temblores de la piel...

Acabó de desnudarse. Una ráfaga levísima de aire oreó su tostado cuerpo. Y se sintió más flexible, más elástico, más inquieto y más lleno de aquel triste desasosiego punzante que le estaba atormentando. En pie sobre la redonda peña, granítico pedestal de aquella estatua de carne, que parecía un bronce vivo, permaneció unos momentos cruzado de brazos, errabunda la mirada... Parecía una estatua de la Indecisión en el momento supremo de la duda.

Luego, como el que busca una cosa que le arranque del cerebro alguna idea, miró el agua. La sensación del baño, presentida por la carne, le estremeció de pies a cabeza, y tendiendo los brazos como un pájaro las alas, se arrojó de repente en el remanso, que le recogió en su seno, rompiéndose con el estrépito en un círculo de estrías de cristal con remates de menudísimas gotas irisadas.

Allá, en el centro del río, surgió momentos después el busto del vigoroso adolescente, que sacudió la mojada cabellera con el brío de un cachorro de león, y tendiéndose después con gallardía, hendió la mansa corriente, río arriba, provocando el movimiento de las aguas, que azotaban sus omóplatos broncíneos y su dorso de flexible serpientuela... Por un momento llegó a embriagarle el deleite, tendiéndose de espaldas sobre la haz de las aguas, y dejóse llevar, por la corriente, como una estatua flotante, con los ojos entornados por una voluptuosa pasividad indolente que reavivó en su memoria el picante recuerdo de que huía...

Y otra vez se vio obligado a sacudir la morena cabezota y a lanzarse al movimiento, al azote aturdidor de las aguas agitadas, a las bruscas sensaciones de tales inmersiones repentinas... Nadó con vigor, con ira, por espacio de un rato, hasta sentir en la carne la laxitud de la fatiga. Entonces aproximóse a la orilla del río, y poniéndose en pie, salió de él a toda carrera, alborotando las aguas, que ponían gran resistencia a su escape. Con la rota camisucha se enjugó los ojos y la recia cabellera, vistióse las miserables ropillas y se sentó a la sombra de una encina: ya era hora de descansar.

En una cuenca de corcho, enteriza, como que había sido caperuza de una verruga de alcornoque, machacó con la punta del mango de la cuchara, que para eso era cilíndrico, un poco de sal, unas hojas de poleo que trascendían a humedades de regato, un trocito de miga de pan, un ajo y la mitad de una guindilla de pepitas amarillentas y cascarilla granate. Sobre la pasta echó aceite y vinagre de dos cuernos de res, atados con una tira de cuero, agitó con la cuchara la mezcla, fuese al río y volvió con el cazo lleno hasta los bordes de moje de gazpacho, en cuya superficie flotaban los dorados reflejos del aceite, los verdines del poleo, el ligero tinte del vinagrillo y las pepitas de la menuda guindilla. Bebió el muchacho un buen trago, y cuando ya no era fácil que el líquido rebosara, lo fue cubriendo con pedacitos de pan arrancados a pellizcos. Comió, bebió: bebió todo aquel océano de líquido refrescante, y después de fregar con arena y agua del río la primitiva vajilla, tendióse a la sombra, boca abajo, con la frente apoyada sobre el dorso de la mano, dispuesto a dormir la siesta.

¡Sí, dormir! Eso hubiera deseado el vaquerillo moreno de pupilas de carbón y cabeza de cachorro. Pero el dulce bienestar que le infundieron el baño y el gazpacho le llenó otra vez el cerebro de tentadoras ideas, y la carne, agradecida, palpitó de insanos impulsos, enemigos mortales en el total aislamiento del solitario varón que se sentía pletórico de energías naturales.

Al cabo, después de un rato de lucha, descendió sobre sus párpados el sueño: un sueño ligero y artificial, aborto de la porfía; un sueño somero y fatigador con inquietudes de fiebre, con vislumbres de vigilia... Dio el mozo un vuelco y se quedó boca arriba, los brazos abiertos, cruzadas las piernas,

ladeada la cabeza... Por breve rato su respiración fue tranquila y algo cansada, como viento lejano quejumbroso de la borrasca que amaina.

Hasta llegó a sonreír enseñando unos dientes de chacal, en cuya tersura nívea, de reflejos nacarinos, se espejeaban objetos en preciosas miniaturas.

De pronto se estremeció, plegó el entrecejo, puso cara de dolor y despertó, retorciéndose como una culebra perezosa; y por remate de aquel desperezo dio dos vuelcos repentinos, rodando sobre el césped raído y abrasado. Y abriendo los ojos húmedos, empañados de calentura amorosa, clavó en los cielos radiantes la mirada melancólica y sumisa del erotismo enfrenado.

Entonces fue cuando pasó por allí la porquera, una mozona desgarrada y bestial, ya entrada en años, con una cara en que estaba pintado el idiotismo concupiscente, procaz y osado, y unos ojos que miraban de través, con grosera expresión de imbecilidad picaresca, que indignaba por sañuda, por egoísta, por fea.

—¿Qué *jacis*? —le dijo al mozo al pasar.

—¡*Na*! —le contestó el muchacho.

La moza echó a andar hacia el tamujal del río, que estaba a cuarenta pasos de ellos; pero antes hízole al chico un guiño grosero y le dijo con voz asperota y trémula:

—Chacho, *p'aquí* sí que está bien, *pa entri* las tamujas, que no hay *naide*...

El vaquerillo entendió. Tenía miedo, le dolía el corazón y se aturdía. Pero de repente, debió de acordarse de alguien; no sé de quién, pero él debió de acordarse de alguien a quien creyó estar haciendo mucho daño con todas aquellas cosas. No le quedaba en el mundo mas que su madre, la viejecita que le lavaba y le remendaba la ropa, y hacia la cual sentía él el apego irresistible del recental a la oveja; una querencia que tenía todas las energías del instinto y, además, todas las mudas ternuras que cabían en un alma sensible y desnuda de todo amor que no fuera aquel amor...

El muchacho pareció recibir una inspiración repentina; abrió mucho los ojos, que miraban sin ver nada; entreabrió también la boca y se quedó inmóvil, como cuando el alma escucha; como cuando escucha el alma el himno grave y sereno del bien, que es su mejor melodía... Y el alma del huraño zagalón, tosco y rudo, que no había entrevisto el bien más que a través del instinto, de repente lo intuyó. ¡La batalla estaba ganada!...

El mozo puso los ojos en la frescura tentadora de los fresnos, las mimbreras y las tamujas del río, y de las pupilas negras se le escapó una mirada de magnífica soberbia, sublime hasta en su insolencia y al par triunfadora y noble, como canto glorioso de victoria. Y le dijo al laberinto de la fronda que le ofrecía oculto nido de placer:

—¡No quiero, *recongrío*, no quiero! Lo bien *jecho*, bien *paeci*...

Se levantó y echó a andar hacia las vacas; iba sereno, alegre, radiante y un poco altivo. Al llegar junto al ganado, que aún dormitaba perezoso, dio dos silbidos agudísimos y voceó:

—¡Chula!, ¡Chula! ¡Mariposa!, ¡Coronela! ¡Bragaína!... ¡Arriba *toas*, a *buscarsi* la *gandalla*! !Jala, jala que la *genti pará* cría malos pensamientos!...

El sentido de la Fe y del Arte, que son hermanos, oyeron rumor de alas invisibles y le dijeron a mi alma:

—Es el Ángel de la Guarda del muchacho, que se estremece de gozo.

Y yo lo creí.

Porque sé que también los vaquerillos montaraces tienen su Ángel de la Guarda...

EL « TIO TACHUELA»

Nunca tuvo la tradición defensor más decidido en Villarino que el *tio Tachuela*. Todo proyecto de cosas nuevas le encontraba atravesado en el camino.

«Señorito de pan *plingao*» llamó un día en sus propios hocicos al alcalde, porque osó proponer la instalación de un reloj en el campanario.

—¡Ni *reloces* ni *relozas*!, ¿oye *usté*? *Endi* que yo soy yo, *pa na* lo he *nesecitao*. El clarear del día me ha *jechao siempri* de la jerga *pa dil* a mi trabajo; el papo me avisa luego cuando llega la

meyudía, y la noche me ha *jechao siempri pa* casa. Los *reloces* más seguros *mos* los ha *dao* Dios de balde, ¿oye *usté*? Los que se *jacin* con *rueas* no son más que sacacuartos.

Así argumentó el *tio Tachuela* en la sesión y, como siempre, triunfó. Su dialéctica era aplastadora para los de Villarino, naturalmente propensos a dejarse llevar corriente abajo por el río de las rutinas.

A Villarino fue un *mediquín* con la maleta atestada de proyectos de buena higiene, y pidiendo —a los ocho días de establecido en la aldea— en un informe de cuatro pliegos, llenos de citas de médicos alemanes, que a voz de pregonero fuese prohibida la cría de cerdos (dicho sea sin pedir perdón a nadie) en las casas del lugar. El *tio Tachuela* oyó sin pestañear la lectura del informe y enseguida lo hundió de un solo golpe en la maleta del médico, con esta frase que agarró como una tachuela en los cerebros de los oyentes:

—Pues de mi *sentil*, don Ludivino, ¡es *mejol morilse* de toas esas cosas que *usté dici* que de *jambri*! El mediquillo, mal herido, se replegó hacia terrenos algo menos radicales, y propuso, a vuelta de otro discurso sobre las fiebres palúdicas, la limpieza de establos y cuadras y la prohibición de llenar de hojas de roble los charcos de las calles, para evitar que aquellas miasmas *pútricos*..., etc., etc.

Y el *tio Tachuela* arguyó:

—Mire *usté*, don Ludivino: si no *jacemos* vicio en *toos* los *laos* que *poamos*, *cuantis* cogeremos trigo *pa* casa y *pa* la simiente, pero no *pa* tapar otros *bujeros*, pongo por caso, *pa pagali* a *usté* la iguala. De *móo* y manera, que *usté* determinará lo que parezca, don Ludivino.

A don Ludivino le hizo cosquillas el socarrón argumento, y contestó con dignidad, casi con altanería:

—Tío Tachuela: como quiera que ello sea, en opinión de toda persona digna y culta, *salus populi*..., ya usted me entiende.

—Pues no, eso sí que no entiendo...

—Quiero decir, en sustancia, que lo primero es la salud, *tio Tachuela*.

—Es la *verdá* pura: la *salú* es cosa *mu* buena; pero yo he *aprendío* ese *mesmo* refrán *entavía* más *rematao*, don Ludivino: «*salú* y pesetas, *salú* completa.»

Y los establos y las cuadras se salvaron por entonces de la proyectada ronda, y en los charcos de la calle de Villarino continuaron fermentando las hojas secas de roble.

A dos kilómetros del lugar, unos señores ingenieros trazaron una vía férrea, sin pedir su opinión al *tio Tachuela*. Su compadre, Quico el *Pegoso*, le interrogó:

—Di, *compadri*: ¿pa qué dirás que andan midiendo esos *señoratos* la *laera* de la *Cogornís*?

—*Pa dal jielis* a la gente —le contestó secamente el *tio Tachuela*, presintiendo la próxima desazón.

Y ¡zas!, ni hecho de propósito: la viñita del *tio Tachuela* ¡partida en dos por la vía! Le cayó la noticia como una bomba, pero la aguantó a pie firme, sin chillar, sin bufar, sin gemir. Se sintió impotente para vencer en la lucha, se replegó iracundo y mudo, como todo desengañado que ha comprendido lo desigual del combate a que le provocan y no lo quiere aceptar.

Un día le llevaron a su casa treinta duros, precio de la expropiación. No los cogió, no los miró. Y su mujer le decía para consolarlo un poco:

—Mira, mira *Tanislao*: de *toos moos* y maneras, *cuasi* nunca los que roban *güelvin na* de lo que roban, y estos han *tenío* siquiera esta *miaja* miramiento. Ni *too recogío*, ni *too vertío*, *Tanislao*.

—*Güeno*, pues *pa* ti; *pa* que lo gastes en *alfileris*, y cuando no *haiga* vinagre, se los *jechas* al *gaspacho*.

—*Pa* viangre dos *cachujos* te han *dejao*, pero te se ha *metío* en la sesera no *dir a arreglalos* algo y *asín* es como no *mos* darán ni gota, *Tanislao*.

—*Tio Tachuela* —decía uno—: ¿cómo no va *usté* a *poal* las parras que le han *queao* en la *laera* la *Cogornís*?

Se están *pusiendo* perdías de basura.

—¿Pues *quedrás* creer que *entavía* no me ha *vagao dil* hogaño? Pero habrá que *dil*.

—*Tio Tachuela*: *jágale usté* unas traviesas a aquellos cachos de viña, que se le están *esmoronando ca* instante con las aguas —decía otro amigo oficioso.

Y el *tio Tachuela*, que no quería nunca dar su brazo a torcer, contestaba disimulando:

—¡Calla, *hombri*, si estoy *cocío* en obra hogaño!, pero *nemás* que me *puea desenreal* del vicio de los olivos, tengo *pensao dil p'allá*, que estará aquello *perdío*.

Y no acababa de ir. Su mujer sí que fue allá con un par de jornaleros, que en un día dejaron aquello como una taza de plata.

—Ya *pues dil*, ya *pues dil* a *vel* aquello, *Tanislao*, que se ha *queao* como un tiesto de *albehaca*. Y mira, *entavía mos* han *quedao* dos *cachinos* bien *rigulares pa* lo que *dicía* la *genti*.

Pasó más tiempo. El rencor del *tio Tachuela* iba ya muy apagado. Ya andaba el hombre con el ala del sombrero levantada. Sabía que circulaba ya el tren y que pasaba por la ladera de la Codorniz diariamente a las cinco de la mañana y a la misma hora de la tarde. Y para no ver por allí al enemigo, se fue una mañana a las ocho a ver su finca, con ánimo de regresar al mediodía a Villarino, antes que el tren de la tarde le sorprendiera en la viña.

¡El tren! ¿Y cómo sería el tren? Cien veces oyó hablar de él en el pueblo, donde tampoco lo habían conocido hasta aquella época; pero a él, cuando le hablaban del tren, se le oscurecía el cerebro de manera que jamás pudo entender lo que escuchaba.

—Ello será alguna *estucia* del Gobierno —iba pensando—, que, como malo, es bien malo; pero *tamién jaci* obras del demonio. Y si no, no hay más que *vel* un *puenti* que anda *jiciendo p'ahí* abajo, no sé dónde, que *dicin* que abril ojos y *miral*.

El *tio Tachuela* llegó a la viña a las ocho y media. Era una mañana espléndida.

—Por aquí se *conoci* que será por *ondi roa esi* demonio —dijo mirando con mucha atención los raíles de la solitaria vía—. Pues no; como corra como *dicin*, lo que es de aquí se *escurrice*, porque estos hierros no tienen *asentaero* bueno para *aseguranza* de las *rueas*.

De repente, el *tio Tachuela* levantó la cabeza y se puso a escuchar, algo alarmado. Se oía un ruido lejano, continuo y sordo. No contaba el *tio Tachuela* con trenes extraordinarios; pero, sin embargo dijo:

—Eso *tie* que *sel* el tren. Y luego *icían* que no venía *jasta* las cinco u las seis. *Eja* que me suba en la *paré*, no sea cuento que me *pesqui* y me *jaga* una tortilla *esi* mal bicho.

Y subido en la tapia de la viña, siguió escuchando. El ruido continuaba simulando, sucesiva y lentamente, zumbar de viento en el bosque, fragor de trueno lejano, sorda amenaza de nube cargada de granizo destructor, redoble de mil tambores de guerra, rumor de río despeñado, y luego, rodar de hierro..., rodar de mucho hierro sobre más hierro..., y luego, estrépito de catástrofe que se echa encima de pronto..., y allá por la hendidura de la trinchera vecina, asomó una cosa inmensa y negra, como enorme cabezota de cetáceo, que venían resoplando, que echaba humo, que echaba chispas, que echaba ascuas...; y al salir de la trinchera dio un bufido de demonio, dos bufidos, tres bufidos y en seguida un silbido horripilante, dilacerante, de acento provocativo y audaz, como alarido salvaje de monstruo triunfador que viene pidiendo paso, pidiendo espacio...; y ante los ojos estáticos del *tio* de Villarino pasó el monstruo resonante, con el vientre sudoroso tendido sobre huesos y músculos de hierro resbalador, que arrastraban todo un mundo que corrió como visión de cinematógrafo por delante del labriego estupefacto: piñas de humanas cabezas, moles de negro carbón, montones inmensos de henchidos sacos de lona, más montones, todavía más montones..., y detrás, muchas cárceles de hierros, atestadas de pacíficos ganados, la piara baladora, la yeguada, los pastores... Y al *tio Tachuela* se le llenó el corazón de ternura mientras los veía pasar, porque eran cosas muy suyas, y las lágrimas le enturbiaron las pupilas... Y cuando todo aquel mundo estrepitoso y magnífico pasó, y en la próxima curva se iba hundiendo con marcha solemne y brava, el *tio Tachuela* sintió en toda su grandeza la maravilla de hierro que antes había maldecido, y la quiso saludar. Se atragantó. Buscó en vano las palabras, la fórmula vigorosa que pudiera descargarle de la emoción ahogadora del soberano espectáculo, y rompiendo por donde pudo, lleno de alientos el velludo pechazo generosote, miró hacia la curva próxima con ojos cargados de agua y gritó con infantil arrebato:

—¡¡¡Viva el tren!!!

Y acabó de desahogarse diciéndole al aire diáfano y a las brisas de las viñas:

—¡Que *jechen* un tren *ca* y cuando por *ampié* de la nuestra iglesia, que allí está mi cortinal *pa jaceli* mucho sitio!

Lucio Castro, el poeta enamorado de las aguas, había dado la vuelta al mundo, cantándolas en estrofas resonantes y purísimas.

Era su patria una florida aldehuela ribereña, dulcemente ensordecida por un río caudaloso que bajaba iracundo y zumbador entre horrendos peñascales, destrozándose en desgarrones espumantes. Era su musa una virgen transparente, del coro de las ondinas con cabellera de algas, dientes perlinos y azulosas pupilas abismáticas.

En su alma, exquisita y clásica, como en gota de purísimo rocío, se espejaban los cuadros del mundo bello en divinas miniaturas...

Y eso hacía él cuando cantaba la bella Naturaleza: poéticas miniaturas delicadas, de finísimos contornos, de ternura irreprochable, de ritmo clásico; pero algo frías, hijas de un arte sin alma...

Mas cuando aquel hijo humano de las náyades, el eterno enamorado de la linfa, la cantaba soñolienta en el remanso, rezadora en la regadera del prado, besando flores o rugiente en la costa brava, abofeteando rocas, el alma idólatra del artista enamorado se erguía loca, se erguía bella, y acariciada unas veces por el beso de la ondina inspiradora y otras veces flagelada por un látigo de algas, se derramaba en estrofas como arrullos sedantes de arroyuelo rodador o estallaba en musicales hervideros espumosos de torbellinos oceánicos.

En el ritmo de sus cantatas había toda la gama de los ruidos de las aguas: suspiros y zumbidos, hervores y murmullos, chapoteos de oleaje sosegado y alaridos dilacerantes de borrascas, rumor suave de besos, agudo chascar de azotes... Y luego en tierno fondo de amor al ídolo por hermoso, por sonoro, por fecundo y alegrador, sí, porque alegraba las hieráticas quietudes del paisaje, le daba vida, le daba música grata... ¡Oh!, también era artista el ídolo.

En su heroica odisea por el mundo lo había cantado desde todas sus grandezas hasta todas sus dulzuras. Meciéndose sobre sus lomos rugosos como cresterías de espuma allá en los mares misteriosos del Oriente, le había rimado poemas de una grandeza soberanamente triste, que empapaba los espíritus en la visión de los piélagos inmensos y sombríos, hechos sin fin de unos cielos infinitos, eternamente teñidos de mansedumbre crepusculares... ¡Y qué religiosos himnos, llenos de grandeza bíblica, a lo largo de los ríos de la dulce Galilea! ¡Y cuán dulces endechas sobre el espejo azulino de los lagos de Córcega y Normandía!

¡Y qué divinas cantatas en los golfos poéticos de Grecia, bajo cuyas aguas clásicas todo un coro de Nereidas iba al costado de la nave venturosa del poeta, conjurando los peligros de las sirtes!...

Y ahora, dulcemente melancólico, y ya blanca su hermosísima cabeza, había tornado a la aldeíta natal, invadido de la nostalgia de aquel río de sus amores de niño, a cantar sobre sus aguas la postrera de sus canciones, la del cisne que se muere...

Todas las tardes, en minúscula barquilla, penetraba hasta el centro del gran río, donde las aguas turbulentas dejaban apenas ver el remate de un granítico peñasco, junto al cual espumaban jugadoras. Y arrojando, para amarrar la barquilla, un débil cable alrededor de la cabeza granítica del bloque, saltaba luego sobre ella, y sentado en aquel tronco de roca, hundía su mente en la suave contemplación abismática de los juegos de la linfa.

Una tarde moribunda de septiembre, a la hora del crepúsculo, las lluvias que derramó una tormenta en regiones de donde el río procedía aumentaron de repente su caudal alborotado, que rompió la débil amarra y se llevó la barquilla. El poeta no vio aquello, ni advirtió que su atalaya musgosa iba a desaparecer en breve bajo las sábanas de espuma. Estaba absorto, cara al crepúsculo triste, escribiendo melancólicas estancias de una canción dolorida, inconsciente visión profética de una muerte ya cercana... Era un adiós a las aguas de su río, que iba a morir en los mares, en los infinitos mares, como su alma, la del artista, que también iba a caer en lo infinito...

Y así, cantando la postura de sus fogosas cantilenas al mismo amor, al mismo ídolo que le arrancó la primera siendo niño...; estático, cuando el suave arrobamiento del divino paladeo de la belleza tocó las lindes del vértigo, amplio sudario de aguas azules, con exquisitos encajes blancos de finísimas espumas, envolvió para siempre el cuerpo del viejo cisne... Y pasaron sobre el mundo muchos inviernos lluviosos...

***

El sol radiante de un mes de junio sorbió aguas, y al descender las del río hasta su ordinario límite..., ¡oh qué embeleso de los ojos de los hombres!, el diente granítico del risco, pulido y cincelado por el agua enamorada, era una divina estatua, la estatua del poeta, que seguía contemplando el suave paso de la linfa, su amante agradecida, que ahora le lamía los pies y orlaba de rubíes y brillantes sus clásicas vestiduras...

fin